

El Silencioso alargó el brazo con esfuerzo. La humedad de aquel otoño inclemente entumecía sus cansadas articulaciones con una rigidez aún más severa que de costumbre. Sus compañeros de triclinio pasaron sin comentario el crujido en el hombro al estirarse, ya fuera por delicadeza hacia el viejo o porque, a fin de cuentas, solo el viejo podía oírlo. Sobre la mesa, justo al alcance de la mano, se ofrecía un tazón de plata labrada rebosante de granos de cardamomo. Capturó uno, quebró la cáscara, que cedió sin resistencia a la presión de sus dedos, y se llevó a los labios la semilla. La mascó despacio con los incisivos, sin alterar el gesto absorto, meditando sin prisa la solución a un problema, se diría. Por su boca se expandió una frescura seca que, acompañada de una inspiración profunda, conjuró con alivio el estertor amargo y fétido que le remontaba el esófago desde las vísceras. La mezcla de salsas agrídulces era sin duda culpable de aquel ardor volcánico en el vientre y de las emanaciones pestilentes que le envolvían la nariz y la garganta en un tufo de cripta. Las náuseas cedieron y advirtió con alegría que el calor volvía a sus mejillas. Se es adulto cuando se controlan las ganas de vomitar, igual que se deja de ser niño cuando se domina la incontinencia. Se es viejo cuando no se puede con lo uno ni con lo otro, y Cornelio el Silencioso luchaba sin esperanza por salvar el dominio propio que encanecía en él. La suya era la lucha, colérica y condenada al fracaso, por echar pie a tierra de una

cucaracha a la que el vendaval ha tumbado sobre su caparazón. Colérica y condenada al fracaso.

Recordaba ahora con estremecimiento su insolencia, casi sesenta años atrás, cuando su pedagogo Eulalio, un anciano sabio y bienintencionado, un esclavo feliz de serlo, al servicio de la familia durante décadas, recriminaba al niño (con la misma enérgica benevolencia con que insistía en que cerrase bien los labios para pronunciar la eme final y no imitase la dicción descuidada de los soldados de la guarnición, porque él no iba a ser soldado, sino oficial y, sobre todo, abogado en Roma) su fea costumbre de caminar encorvado, en la postura del que espera toparse con monedas perdidas en el suelo o rastrea indicios de pasos ajenos. Y le prevenía del defecto irreparable en el futuro, del lamento cuando ya no hubiese remedio. «Las cosas que dicen los viejos», había replicado el jovenzuelo dándole la espalda y prosiguiendo su camino, «solo se entienden *cuando* uno es viejo. Será *porque* uno es viejo.» Unos pasos mas adelante, donde un henar marcaba un recodo que hurtaba a la vista de Eulalio la vereda, se irguió cuanto pudo y siguió caminando con la barbilla apuntando hacia la línea recta del horizonte. Aquella anécdota volvía ahora a su memoria con la misma dolorosa precisión con que retenía los insípidos y brumosos perfiles del paisaje belga que fueran testigos de sus caminatas. Una memoria quisquillosa que preservaba del olvido todos los pasos de su vida con la pertinacia de una maldición. Ahora la vejez estaba allí, en aquel brazo seco y marfil que asomaba al replegarse la bocamanga de la toga, en el chirrido de batientes herrumbrosos que emitían sus huesos contrahechos, que solo él podía oír,

y en los dolores que producía el intento de enderezarlos, que solo a él le torturaban. Ahora su orgullo, lo que quedaba de aquel orgullo sin casta con que el niño se enfrentaba al sirviente, crujía también como el contrafuerte que cede al lento desplome de los muros. Salvo aquel atormentado almacén de pasos falsos que era su memoria, en su organismo todo se degradaba, todo se desmoronaba como un edificio abandonado. El estómago, por ejemplo. En otro tiempo su estómago hubiese transigido con cualquier extravagancia culinaria sin un mal retortijón. Ahora, en cambio, la amenaza del vómito era una más de las inconveniencias que había de soportar en aquella atmósfera que actuaba sobre su organismo como una salsa pasada de vinagre.

La vejez estaba ahora en todo lo que decía y en todo lo que callaba.

Recostado a su derecha, sosteniendo una copa de vino, Gayo no daba muestras de advertir su malestar. Hacía rato le dirigía la palabra como quien lanza cantos rodados sobre un remanso y espera conseguir con cada nuevo lanzamiento un bote más sobre el agua que con el anterior. Estaba muy animado. Desde la última vez que se habían visto su fortuna se había multiplicado de forma incalculable aprovechando con astucia, decía (atenuando la inmodestia con un rictus cómico que suplicaba complicidad), las disposiciones legales del General Trajano sobre las propiedades inmuebles de los candidatos. Recordaba Cornelio, claro. Gran idea la del General al pensar que los magistrados que llegaban de

provincias se ocuparían con más interés de los asuntos de la Península si de algún modo la sintieran como cosa de su peculio. Todo andaba mejor desde que los aspirantes a un cargo público estaban obligados a poseer terrenos en Italia, decía. ¡Y qué pronto se había descubierto que en el Imperio hay más ambición que sagrado suelo italiano! Cuando no hubo un solo palmo de terreno en venta, los provinciales se habían apresurado a trocar sus propias fincas a cambio de raquíuticos berrocales italianos por los que ni siquiera se aventuraban las cabras. Gayo Plinio había conseguido así terrenos en la Galia y en Hispania que centuplicaban en extensión y productividad unos cuantos palmos, se reía, de matorral y pizarra en Umbría. Ahora poseía olivos y vides en la Bética, manzanos en la Lugdunense, incluso un bosque de abetos en Mesia que todavía no había encontrado el momento de visitar. Los siervos extraían de él cada mes resina suficiente para iluminar las calles de Roma durante un trienio.

El discurso de autocomplacencia se interrumpió de pronto. «Extraño, ¿eh? ¿No es extraño, Cornelio?», dijo entonces, cargando de misterio la palabra «extraño» y quedándose por unos instantes en suspenso. «Extraño. Tres mesas, veintisiete personas. Quitando el César y su esposa y quitando también a Plotina», hizo un gesto indescifrable, «veinticuatro. Sin embargo, ahí al fondo, en la tercera mesa, ¿te has fijado?, hay un lecho sin ocupante. Qué cosa tan rara.»

Gayo Plinio era un mago de las finanzas. Bromeando sobre sí mismo, admitía ser un pitagórico convencido, eso sí, con un especial sentido de la realidad. Los números eran su gran debilidad. «Todo lo importante en la vida se reduce

a operar con los números. Añadir, deducir, repartir, multiplicar», decía en ese tono jocoso y a veces irritante de quien reserva siempre para sus afirmaciones la posibilidad de ser entendidas como pura ironía.

«No veo razón para que el César haya invitado a la cena solo a veintitrés comensales habiendo sitio para veinticuatro», susurró. «Siempre hay alguien a quien observar, a quien provocar, a quien embaucar, a quien pedir un crédito a los postres. Habría invitado a... dieciocho menos tres, quince, pero no a... quince mas nueve, veinticuatro.» Veintitrés era muy extraño, muy extraño, ¿no creía Cornelio? Eso solo podía significar que un invitado no había acudido en el último momento: otro le habría sustituido si hubiera justificado con tiempo su ausencia. Se aproximó cuanto pudo al oído de su viejo amigo, era un poco fastidioso. ¿Sabía algo de eso?

No. Cornelio no sabía nada de eso.

Se había enterado de que tenía que estar allí, en la mesa del César, dos noches antes, cuando un militar se presentó en su casa de Roma para entregar un mensaje de puño y letra de Adriano. Afuera caía uno de esos aguaceros de vendimia que tantas veces antes habían sacado al Tíber de sus cauces y convertido la Capital en un archipiélago de cornisas. El sol aún no se había puesto, pero todas las lámparas de la casa apenas bastaban para arrancar de la tiniebla cercos desvaídos de penumbra en torno a sus llamas. La figura del oficial, informe bajo la caperuza y el vuelo hinchado de su pénula, destacando sólidamente de la impresión vibrátil en que la tempestad sumía todas las cosas, era la de un fantasma, contaba el siervo que salió a recoger el mensaje, todavía espan-

tado. En el mensaje, Cornelio leyó: el príncipe le invitaba a la cena y la recitación con que el príncipe se agasajaba a sí mismo con motivo de su primera visita a la Capital desde que fuera proclamado príncipe por sus tropas. Atendidos los deberes públicos, deseaba ahora una reunión íntima con los que llamaba sus amigos: la honra y la gloria de Roma. Una reunión así no podría celebrarse, rezaba la misiva, sin la presencia de Cornelio. Él era el orgullo de las letras romanas, la conciencia moral de su pueblo, el espíritu de Roma. Él era Roma. Sus páginas no abandonaban jamás el equipaje del nuevo César, fuera adonde fuera, rezaba.

«¿Sabes algo de eso, Cornelio?», insistió Gayo.

«Hay dos clases de hombres: los que bregan de sol a sol por conseguir lo que sueñan, y los que emplean ese tiempo en dormir para seguir soñando con ello», había dicho el príncipe muy solemne.

El ágape, con el paso del tiempo y el efecto del vino, se había relajado. Al murmullo de las conversaciones se superponían —como un piar de pájaros asustados— las risas de las mujeres, y a estas la música de los flautistas, que traía ecos de parajes de suaves montañas, vida sosegada y gloria pasada. Los invitados griegos, los únicos que prestaban atención embobada a la serenata y que reconocían las melodías de Arcadia o del Dodecaneso, celebraban con aplausos su interpretación y hablaban sin recato con los músicos en sus dialectos de origen, que el resto de los comensales no podía comprender. Solo el príncipe y César conocía también la lengua de Samos, y la de los pescadores de Antiquitera, o la de

los pastores de las serranías de Argos, y festejaba con chistes y juegos de palabras las ocurrencias de sus invitados.

En espera de la recitación prometida, último acto de la sesión (y después de prometer que resultaría inolvidable), el propio Adriano había iniciado una nueva tanda de pruebas de ingenio. Esta de ahora, había dicho, la había aprendido de sus oficiales durante la campaña de Siria. Se llamaba «el juego de las semejanzas y las diferencias» y tenía dos partes: la de las semejanzas y la de las diferencias —y qué podía esperarse de un hombre que se acerca a sus subordinados no para dar ejemplo de integridad y modales, sino para tomar nota de sus bromas y sus melindres.

La primera parte del juego consistía en que los presentes, por turno, improvisaran un apotegma ingenioso tomando como premisa el tema «hay dos clases de hombres». Un desarrollo inteligente de esa premisa, tal como al parecer había sido el de Adriano, provocaba inmediatamente la risa satisfecha y el murmullo aprobatorio de los demás. Pedanio, a la derecha del príncipe, aplaudía, sacudía la cabeza y coreaba «¡ea, ea, ea!». Favorino, a su izquierda, se acariciaba la barba y resoplaba hacia el techo recamado de alabastro con los ojos desorbitados por la admiración. El César Elio Adriano no había querido o no había considerado oportuno ilustrar la procedencia del juego con un ejemplo concreto de los que ingeniaban los retoños de las buenas familias romanas en el frente. Ni se refirió a la índole y manifestaciones del placer que encontraban en los desarrollos: hubiera sido digestivo escucharlos con un sentido más castrense de la palabra «hombres».